



POESÍA

en el colegio de
Guadalupe, Zac.

por
**Clementina
Díaz y de Ovando**
del Instituto
de Investigaciones Estéticas

En la sacristía del bello Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas se encuentran inscritos algunos poemas que ponen de manifiesto el hondo fervor religioso y el gusto de la época por exornar con poesías las paredes de templos y sacristías. Los poemas, por su estructura formal, parecen de principios del XVIII, siglo en que fué fundado por fray Margil de Jesús este Colegio de Propaganda Fide que se puso bajo la observancia de la regla de San Francisco.¹

Sonetos y octavas de inclinación barroca, décimas, una significativa sexteta y una graciosa y popular quinteta constituyen el acervo poético de la sacristía. Poesías que, sin duda, se nutren en el gran caudal de la poesía sacra española tan importante que señala por su sentido católico, al decir de Valbuena Prat, "un aspecto esencial y primordial en la cultura española", aspecto que se repite en Nueva España, donde también la producción de poesía religiosa fué copiosísima.

Las poesías de la sacristía carecen de firma de autor, pero a decir verdad, en esta clase de poesía lo que menos importa es la firma, pues todo hacedor de poesía sacra, por muy personal que sea su estilo, por el sentimiento y finalidad de la poesía misma, forma parte de esa comunidad en la cual el más delicado poeta se codea con el más humilde y desafortunado en un amoroso afán de cantar a Dios, a Cristo, a la Virgen, a los santos; todos vienen a ser humildes juglares del Señor, como lo fueran San Francisco de Asís o el viejo y delicioso Gonzalo de Berceo, para quien la preocupación de la posterioridad no existió; su fin era cantar la gesta de Cristo, el dolor inmenso de la Virgen, las gestas de los santos hispanos y de ese modo allegarse a Dios. Al mismo Lope de Vega no creo que le hubiese importado un comino que sus composiciones devotas se atribuyesen a otro fraile. Acaso por esta causa el exquisito poeta mexicano autor del soneto *No me mueve, mi Dios...* no lo firmó y sólo la paciencia del erudito pudo descubrir como su autor a fray Miguel de Guevara y demostrar que tan preciosa joya no pertenecía a la poesía sacra peninsular. No sería exagerado pensar que exista una deliberada intención de no firmar estas poesías religiosas como muestra de humildad, que impide, a veces, conocer al autor o autores de ellas, como acontece con las de la sacristía del Colegio de Guadalupe.

Las poesías de la sacristía no son de una gran calidad; sin embargo, es necesario conservarlas, pues no sería imposible que un buen día fueran borradas.

Los sonetos están llenos de ripios, se abusa de las formas verbales para consonantar, no se sigue el pensamiento sistemáticamente, y éstos son defectos que menguan belleza y calidad. No obstante lo dicho, el que empieza *Pura es la luz de la naciente aurora...* es delicada y bella muestra de la lírica barroca.

Barroco es también el soneto que con gran patetismo y "notas lúgubres y penitenciales"

¹ El Colegio se fundó en 1707.

describe los prenuncios y la muerte del Salvador.

En estas poesías se halla patente el rígido espíritu de penitencia y austeridad que cumplían alumnos y sacerdotes de este Colegio. Recogimiento absoluto, trabajo incesante, penitencias y ayunos continuos hacían del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe un establecimiento donde se conservaba la más estricta austeridad, a la manera de los primeros cenobitas.

Tal espíritu de rigidez, el no distraerse un momento del servicio divino, el no pensar más que en la salvación del alma, constituyen la temática de casi todos los poemas de la sacristía; poemas que vienen a ser como una llamada de atención al sacerdote que en la misa va a repetir el suplicio del Calvario. El sacerdote debe estar puro, limpio, de lo contrario no le es permitido officiar, pues Dios lo mira, dice la sexteta, y lo reitera con sencillez la quinteta de factura popular que recuerda a Santa Teresa:

Aunque muy limpio te hallaras,
siempre lavarte debieras,
porque si bien lo pensaras,
mucho más limpio estuvieras
si más y más te lavarás.

La misa diariamente dicha, diariamente repetido el sacrificio, debe hacerse con gran unción como la primera vez que se llegó al ara; por eso las poesías están allí, en el sitio donde el sacerdote se prepara a officiar, advirtiéndole su pequeñez humana indigna del sacrificio que va a realizar, y dicen también la angustia y el temor del sacerdote.

Dos preciosas octavas concretan el diálogo entre Cristo y sacerdote; Jesucristo se dirige a éste y le pregunta:

¿No vacila tu pie cuando al altar
encaminas tus pasos, hijo mío?
¿No sientes en tu pecho palpitar
el corazón con desusado brío?

y le indica que su alma debe estar más pura "que la gota del rocío":

no vayas con arrojo temerario
a ultrajar los misterios del Calvario.

El sacerdote, lleno de temor, mortificado por la duda de no estar lo suficientemente puro, impetra la gracia divina y el perdón:

Si he pecado, Dios mío, si soy indigno
de llegar hasta el ara sacrosanta;
si de dicha tan grande no soy digno,
encadena, Señor, mi humilde planta,
vuelve tus ojos hacia mí benigno,
una palabra dí, de gracia tanta,
que en el fuego me abrase de tu amor,
en ángel convirtiendo al pecador.

Octava que en su belleza parece de Lope de Vega, cuando ya ordenado sacerdote pedía a Dios la gracia y se espantaba de su indignidad en un hermosísimo soneto: "Temores en el favor":

Quando en mis manos, Rey eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro...

Un lejano rumor medieval se oye en las décimas, la súplica del vigoroso y sensual Arcipreste de Hita, quien aconsejara desentenderse del "loco amor" para ocuparse tan sólo del "buen amor". En las décimas aludidas es Dios mismo quien pide al pecador el olvido del amor de los hombres, recordándole los sufrimientos soportados para bien de su alma, sufrimientos que no se decidirá a llevar a costas de ninguna manera el amor mundano. Carne y espíritu, eterno problema que se presenta al hombre que bien sabe que el "loco amor" es incapaz de superar el egoísmo, de llegar al sacrificio y que, sin embargo, tarda y duda en entregarse a Cristo, quien lo espera no justiciero, sino todo bondad y benevolencia:

Pecador, mírate en mí,
y a ese amor por quien me olvidas,
dile imite mis heridas,
y que muera así por ti:
no lo hará, sólo yo fui,
el amor más verdadero,
sólo soy quien por ti muero,
y pues te llamo amoroso,
ven y búscame piadoso,
no me aguardes justiciero.

Y en otra décima Cristo invita al pecador a sufrir con paciencia las adversidades, los contratiempos, lo que no sale a nuestro gusto, pues según los designios divinos así convendrá; y sobre todo, cualquier sufrimiento padecido en esta vida no puede compararse a los dolores que por el inmenso amor al hombre Cristo tuvo que soportar:

Mi bondad me puso aquí,
tu ingratitud me enclavó,
nadie como yo sufrió,
y pues todo es por tu bien,
bebe una gota por quien
un caliz bebió por ti.

Esta décima parece tener correspondencia en los versos de Lope:

Manso Cordero ofendido,
puesto en una cruz por mí;
que mil veces os vendí:
después que fuiste vendido.
Dadme licencia, Señor,
para que, deshecho en llanto,
pueda en vuestro rostro santo
llorar lágrimas de amor.

Es decir, la poesía novohispana se complementa con la peninsular, y es que, como ya hemos dicho, un mismo sentimiento anima a la poesía religiosa y hace que los poemas de la sacristía del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, sin que importe ni su calidad, ni la firma de autor, formen parte de la poesía religiosa universal.

SONETOS

Helo ahí, Virgen Santa, ese es tu hijo,
el mismo que en Belén acariciabas,
el que tierno en tus brazos arrullabas,
con blando afecto, con amor prolijo,

ahora en su mirar opaco y fijo,
el apacible fuego que admirabas
y de amor al mirarlo te arrobabas,
no irradia ya. ¿Conoces a tu hijo?

¿Lo conoces, Señora? ¿Qué se ha hecho
el poder que la muerte ha quebrantado?
Víctima del furor y del despecho,

del pueblo a quien de bienes ha colmado,
ahora en calabozo sucio, estrecho,
por darme libertad, míralo atado.

¡Pecador infeliz! ¿Ningún consuelo
hallas en el dolor que te atormenta?
la marca del pecado que te afrenta
llena tu corazón de amargo duelo.

La desesperación el alto cielo
cerradas ya las puertas te presenta
de la eterna justicia, te amedrenta
del que abrigas justísimo recelo.

Vuelve en ti, pecador, alza los ojos,
fíjalos en Jesús que desgarrado
con cadenas, con cuerdas, con abrojos,

en la columna por tu amor atado,
para calmar del Padre los enojos,
ha su sangre a torrentes derramado.

Ya muere el sol en la mitad del día,
manchas de sangre en el oscuro cielo,
muestra la luna funerario velo,
cubre de luto la extensión vacía.

Ya tiembla el mundo: de la tumba fría
los hijos de la muerte con anhelo
sacan ya la cabeza; horrendo duelo
viste la creación muda y sombría.

Ya el trueno ruga: el hombre se amedrenta,
el infierno se agita, el Ángel llora,
la esposa del Señor gime enlutada.

Todo se ha consumado; la sangrienta
muerte sufrió Jesús... ¡tremenda hora!
mas no, prole de Adán: ya estás salvada.

Cuando el horror de su traición
del falso apóstol obcecó la mente,
y del árbol fatídico pendiente
con rudas contorsiones se mecía.

Complacido en su mísera agonía,
mirábase el demonio, frente a frente,
hasta que al fin del término impaciente
de entrambos pies con ímpetu le asía.

Mas ya que vió cesar del descompuesto
rostro la agitación convulsa y fiera,
señal segura de su fin funesto,

con infernal sonrisa placentera,
los labios puso en el deforme gesto
y el beso le volvió que a Cristo diera.

Pura es la luz de la naciente aurora,
que aclara el horizonte transparente
sobre el perfil del monte en el oriente
y los contornos de las nubes dora.

Puro el néctar, que nítido atesora
la flor nacida por el fresco ambiente,
puro el cristal de la sonora fuente
y el lirio que sus márgenes decora;

pero más que de la aurora peregrina,
que de néctar y brisa perfumada,
que de lirio y de fuente cristalina,

es tu pureza, sí, Virgen sagrada,
fúlgido espejo de la luz divina,
hermosa toda y toda inmaculada.

En los brazos de José el divino infante,
puso la sacra emperatriz del Cielo;
atónito el varón duda si el suelo
o el empíreo habitaba en este instante,

estréchale en su pecho palpitante
con tierno amor y reverente anhelo;
y a la dulce avenida de consuelo
ya le fallece el corazón amante.

Dad, le dice, a un mortal fuerzas mayores,
que no basta, Jesús, humano brío
al goce de tan ínclitos favores,

igual al Padre Eterno en poderío
despidió en su seno resplandores
y hay resplandores en el pecho mío.

DECIMAS

Pecador, mírate en mí,
y a ese amor por quien me olvidas,
dile imite mis heridas,
y que muera así por ti:
no lo hará, sólo yo fui,
el amor más verdadero,
sólo soy quien por ti muero,
y pues te llamo amoroso,
ven y búscame piadoso,
no me aguardes justiciero.

Sufre, pues por ti sufrí,
y en cuanto adverso te viene,
mira que así te conviene,
pues todo nace de mí.
Mi bondad me puso aquí,
tu ingratitud me enclavó,
nadie como yo sufrió,
y pues todo es por tu bien,
bebe una gota por quien
un caliz por ti bebió.

OCTAVAS

JESUCRISTO:

¿No vacila tu pie cuando al altar
encaminas tus pasos, hijo mío?
¿No sientes en tu pecho palpar
el corazón con desusado brío?
¡Ay! advierte que tu alma debe estar
más pura que la gota del rocío,
no vayas con arrojo temerario
a ultrajar los misterios del Calvario.

SACERDOTE:

Si he pecado, mi Dios, si soy indigno,
de llegar hasta el ara sacrosanta;
si de dicha tan grande no soy digno,
encadena, Señor, mi humilde planta,
vuelve tus ojos hacia mí benigno,
una palabra dí, de gracia tanta,
que en el fuego me abrase de tu amor,
en ángel convirtiendo al pecador.

SEXTETA

Detén, detén el paso antes de entrar
a este recinto augusto, entra en ti mismo,
la majestad contempla del lugar:
penetra de tu nada en el abismo,
entra si el pecho santidad respira,
apártate si no, que Dios te mira.

QUINTETA

Aunque muy limpio te hallaras,
siempre lavarte debieras,
porque si bien lo pensaras,
mucho más limpio estuvieras
si más y más te lavaras.